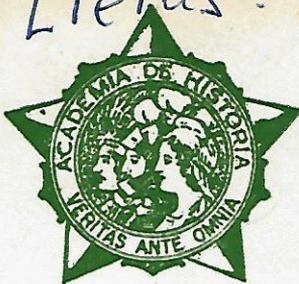


Dr. Roberto Lleras . pag. 751

Organo de la Academia



Colombiana de Historia

BOLETIN DE HISTORIA Y ANTIGÜEDADES

- DOS CARTAS INEDITAS DE FRANCISCO A. ZEA
- NOTAS HISTORICAS SOBRE EL CAPITOLIO NACIONAL
- DESTINO HISTORICO DE AMERICA

Propiedad Intelectual - Resolución N° 002023 - Julio 7 de 1961

T. P. Resolución N° 2004 del 11 de junio de 1990 - Permiso N° 971

N° 786

DIRECTOR
ANTONIO CACUA PRADA

REDACTORES
JORGE MORALES GÓMEZ
FERNANDO MAYORGA GARCÍA

\$ 4.000.00

Boletín de Historia y Antigüedades

Director: ANTONIO CACUA PRADA

Redactores:

JORGE MORALES GÓMEZ — FERNANDO MAYORGA GARCÍA

Volumen LXXXI: Bogotá, D. C., Julio, Agosto, Septiembre de 1994 N° 786

I N D I C E

	Pág.
I. Posesión de Académicos Correspondientes.	
—La Universidad y la Investigación Científica en el Virreinato Granadino. Por Pedro Pablo Peña Motta. Lectura hecha por don Pedro Pablo Peña Motta para tomar posesión como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, el viernes 7 de diciembre de 1993	539
—La República de Haití y la Independencia de las Colonias Españolas en América. Por Ignacio de Guzmán Noguera. Lectura hecha por don Ignacio de Guzmán Noguera en la sesión del martes 7 de junio de 1994, de la Academia Colombiana de Historia, en que fue recibido como miembro correspondiente	563
II. Lecturas de Académicos.	
—Dos cartas inéditas de Francisco A. Zea (1795). Por fray Luis Carlos Mantilla R. O.F.M.	575
—Notas Históricas sobre el Capitolio Nacional. Por Alberto Corradine Angulo	589
—Una semblanza histórica. El Arzobispo Baltasar Jaime Martínez Compañón y Bujanda. Por Armando Gómez Latorre	625
III. El Segundo Periódico de Santafé de Bogotá. Por Antonio Cagua Prada	651
IV. Encuentro y Síntesis de dos Culturas. Por Miguel Camacho Sánchez	669
V. Trazo Histórico de Yanaconas y su Templo (La cultura Guambiana). Por Diego Castrillón Arboleda	691
VI. Vigencia Permanente de Montalvo. Por Mario Briceño Perozo	699
VII. La Esclavitud Indígena en América. Por Josué Bedoya	705
VIII. Identidad y Humanismo. Por Jorge Enrique Molina Mariño	713

	Pág.
IX. El error en la Investigación Genealógica. Por Fernando Jurado Noboa	717
X. Las Crónicas del Cuzco y las Rencillas de Parentesco. Por Roberto Lleras Pérez	751
XI La Solidaridad Internacional y la Regularización de la Guerra. Dos Aportes Hispanoamericanos a la Paz y el Humanismo. Por Apolinar Díaz Callejas	767
XII. Encuentro Nacional de Academias y Centros de Historia. Por Luis Fernando Molina Londoño	779
XIII. Destino Histórico de América. Por Germán Arciniegas	787
XIV. Bolívar en el Pensamiento Mexicano del Siglo XIX. Por Gustavo Vargas Martínez	797
XV. Propositiones	809
XVI. Extracto de Actas. Por Roberto Velandía	811
XVII. Vida Académica. Por Roberto Velandía	817
XVIII. Libros llegados a la Biblioteca Eduardo Santos	821

VIII. Identidad y Humanismo. Por Jorge Enrique Molina. 719
 VII. La Exaltación indígena en América. Por José Bedoya. 705
 VI. Vigencia Permanente de Martín Barrios. Por Mario Barrios. 699
 V. Trazo Histórico de Venezuela y su Tercera Gran Historia. Por Diego Castellón Arboleda. 691
 IV. Encuentro y Síntesis de los Continentes. Por Miguel Campesino. 687
 III. El Segundo Período de los Anales de Bogotá. Por Antonio Gómez. 683
 II. Una experiencia histórica. El Análisis Histórico. Por Antonio Gómez. 679
 I. Notas Históricas sobre el Castillo Nacional. Por Alberto Torres. 675
 Luis Carlos Mantilla R. O.F.M. 671
 —Las cartas inéditas de Francisco A. Ycaza (1750). Por José María. 667
 II. Lecturas de Archivos. 663
 —La República de Haití y la Independencia de las Colonias. 659

LAS CRONICAS DEL CUZCO Y LAS RENCILLAS DE PARENTESCO

Por *Roberto Lleras Pérez*

Para quienes trabajan en la etnohistoria colombiana, dependiendo exclusivamente de los testimonios europeos, contenidos bien sea en las crónicas o en los documentos de archivos, siempre ha constituido un elemento que despierta envidia el testimonio indígena o mestizo, tan notable en el Perú. La crítica de las fuentes documentales coloniales ha puesto de relieve el enorme cúmulo de inexactitudes, tergiversaciones, omisiones y adiciones fantasiosas introducidas en ellas por los europeos. La teoría antropológica explicaría ésto como el natural producto de la visión etnocéntrica de la sociedad colonialista, la cual a partir de su propia realidad juzga y valora al resto del mundo situándolo en un plano de inferioridad.

Estudios más profundos de la mentalidad y la situación socioeconómica y política de la Europa del siglo XVI nos han permitido comprender el por qué de estos errores y han aclarado considerablemente el panorama proporcionando bases para separar lo creíble y lo no creíble. La comparación de los diversos testimonios a la luz de los intereses de quienes los escribieron ha despejado aún otras dudas. La arqueología, finalmente, ha revelado datos, fechas y espacios para corroborar o desmentir los escritos de la conquista y la colonia.

Sigue faltando, sin embargo, la tan necesaria voz indígena en estos relatos y documentos. Cuando más, se encuentran testimonios aislados en las visitas, juicios, pleitos y probanzas que corresponden a fragmentarias declaraciones de

caciques, capitanes o tributarios alegando derechos o solicitando tasaciones o fallos de la justicia española. Aún en estos casos son testimonios transcritos por escribanos europeos cuya fidelidad absoluta podría ser materia de discusión y que no contienen, por su naturaleza, informaciones extensas sobre la historia indígena y la organización sociopolítica prehispánica.

Forzada por las circunstancias, la etnohistoria se ha acostumbrado a sacar el máximo provecho de estos retazos de información deduciendo, en ocasiones, un sorprendente cúmulo de sólidos conocimientos. No se encuentra, en parte alguna, quien pueda hablar sobre los indígenas expresándose de ellos como sus antepasados o sus hermanos de sangre y de allí que la visión europea lo impregne todo tan profundamente. Ni siquiera un americano, tan culturalmente criollo, como Rodríguez Freile puede dejar de lado la visión colonialista y dogmática y de allí que su supuesto informante indígena refiriéndose a la religión encuentre "demonios e idolatrías" propias de salvajes e ignorantes.

La existencia de los "Comentarios Reales de los Incas" del Inca Garcilaso de la Vega, conocidos desde hace bastante tiempo y el posterior hallazgo del manuscrito de Felipe Guamán Poma de Ayala, la tan célebre "Nueva Crónica y Buen Gobierno", han abierto para la prehistoria peruana, perspectivas de gran interés. No se trata únicamente de documentos que permitan sustentar la tesis de la "leyenda negra" de la conquista, pese a que éste ha sido el uso más popular que han tenido temas como los grabados de Poma de Ayala, sino de versiones cuyo origen permite vislumbrar la visión de los vencidos sobre su historia y sobre el proceso mismo que llevó a la conquista y el colapso de los estados andinos en el siglo XVI.

Como ocurre con frecuencia, el estudio inicial y la valoración de estos documentos lleva aparejada una gran dosis de ingenuidad histórica que produce apreciaciones erróneas. En este caso no faltó quien afirmara que las crónicas de los indígenas y mestizos peruanos sí contenían la verdad de los hechos, que ellas sí eran fieles a la realidad de lo acontecido y sí debían tomarse como base a la hora de escribir la historia real, que ellas, en fin, sí eran confiables y creíbles a diferencia de otros testimonios como los de Cieza de León y Pedro Pizarro, por ejemplo. De allí el que el testimonio de Garcilaso de

la Vega mantuviera tan notable preeminencia por mucho tiempo y se convirtiera en el patrón por el cual se medían las demás crónicas.

Muchos investigadores contemporáneos, entre quienes cabe citar a Tom Zuidema, Pierre Duviols y María Rostorowski han adoptado una posición más prudente frente a estos documentos produciendo juicios a críticas que debemos tener en cuenta a la hora de utilizar las crónicas indígenas. La pregunta central ha sido: ¿qué tan verídicas son las crónicas indígenas? Y desde allí ha surgido toda una serie de preguntas conexas relacionadas con el grado de confiabilidad que tienen estos relatos como instrumentos para armar una historia exacta del desarrollo de los Incas y los factores que pudieron incidir en la inexactitud de las narraciones.

Para encontrar respuestas satisfactorias a estos delicados problemas ha sido menester retornar al estudio del contexto sociocultural andino en medio del cual nacieron y se educaron los cronistas indígenas. La comprensión de cómo se construía y modificaba la historia oficial Inca ha aportado grandes luces. También ha sido de la mayor utilidad el estudio comparativo de las comunidades indígenas actuales del Perú. Se ha hecho, finalmente, un reexamen de los escritos europeos que ha desembocado en una revaloración de los testimonios de algunos cronistas, de quienes hoy se sabe conocieron en detalle los hechos que transcriben. Este es el caso de la "Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros" de Juan Polo de Ondegardo quien es tenido, hoy en día, por uno de los más confiables y exactos cronistas del Perú.

A modo de ilustración se pueden citar tres ejemplos: dos de ellos correspondientes a episodios de la historia incaica y el otro relativo al problema mismo de la dinastía de los Incas. Por tratarse de hechos y problemas históricos bien conocidos son relatados por casi todos los cronistas que trataron del Perú, incluyendo por supuesto, a los cronistas indígenas, proporcionando puntos de comparación muy numerosos. De un breve examen de los ejemplos que expondremos nos será posible extraer conclusiones directamente relacionadas con el asunto de la historia y ficción en las crónicas de Indias.

¿Quién ganó la guerra contra los Chancas?

Los historiadores están de acuerdo en que la historia del Tahuantinsuyo puede dividirse en dos grandes períodos; el primero es aquel que corresponde a la época en la cual éste fue solamente uno más de los pequeños curacazgos que luchaban en la sierra peruana por la preeminencia regional. Los pueblos quechuas desplazados por las oleadas invasoristas que destruyeron el poder del estado Wari-Tiahuanaco llegaron al valle del Cuzco, procedentes de otras regiones, tal vez el altiplano del Titicaca, y debieron enfrentar una encarnizada resistencia frente a la cual estuvieron a punto de sucumbir.

La segunda época corresponde a la expansión territorial del Imperio Incaico y al florecimiento de su economía, su poder militar y su cultura; esta época se inaugura, según la historiografía andina, cuando los Incas combaten y derrotan a sus poderosos vecinos, los Chancas. Las narraciones de esta guerra están salpicadas de hazañas, héroes y dioses y las figuras de los soberanos incáicos triunfantes van a desempeñar de allí en adelante un papel fundamental en la vida del Cuzco. Pero el problema es saber quién fue realmente el Inca que condujo a los ejércitos que rompieron el cerco a la ciudad y que, posteriormente, aniquiló definitivamente el poder de los Chancas.

El Inca Garcilaso de la Vega atribuye esta victoria a Viracocha Inca y es secundado por Fray Bernabé Cobo y el padre Anello Oliva. Según su relato la lucha contra los sitiadores la comandaron el Inca reinante, Viracocha, y su hijo Urco (el cual nunca llegó a reinar). Otros cuatro cronistas dan datos indirectos sobre esta guerra sin mencionar explícitamente quién fue el Inca triunfador; ellos son Fray Martín de Murúa, Cristóbal de Molina, Miguel Cabello de Balboa y Diego Hernández. Finalmente hay once cronistas (Pedro de Cieza de León, Fray Bartolomé de las Casas, Juan Polo de Ondegardo, Pedro Sarmiento de Gamboa, Fray Pedro Acosta, Gutiérrez de Santa Clara, el Jesuíta Anónimo, Joan Santacruz Pachacuti Yamqui, Fray Antonio de la Calancha, Román y Zamora y Herrera) que afirman que el vencedor de los Chancas fue Pachacutec Inca Yupanqui. A decir verdad, el padre Anello Oliva complica un poco más las cosas pues, aunque para él

el triunfador fue Viracocha, termina convirtiendo a éste y a Pachacutec en una sola y única persona.

En ambos bandos encontramos cronistas indígenas (Garcilaso de la Vega en uno y Santacruz Fachacuti en el otro) defendiendo versiones contradictorias. Garcilaso va más allá y narra haber conocido en el Cuzco tres momias que Polo de Ondegardo había localizado y guardaba en su casa y que correspondían a tres de los Incas reinantes. Según Garcilaso se trataba de Huayna Capac, Tupac Yupanqui y Viracocha. Sin embargo, otros datos del mismo Polo de Ondegardo y de otros cronistas demuestran que la momia de Viracocha no podría haber sido conocida por Garcilaso ya que para esa época había sido destruída. La momia que Polo de Ondegardo conservaba en su casa y que mostró a Garcilaso de la Vega fue la de Pachacutec Inca Yupanqui.

Garcilaso de la Vega, el cronista mestizo cuyo relato se consideró en una época como paradigma de la verdad histórica, intencionalmente trastocó un personaje por otro, Viracocha por Pachacutec Inca Yupanqui. Hizo lo mismo con las ejecutorias de los dos soberanos y la victoria sobre los Chancas que fue de Pachacutec, la atribuyó a Viracocha, siendo secundado por otros dos cronistas que probablemente tomaron los datos de su manuscrito.

¿Qué motivo pudo tener el Inca Garcilaso para cambiar tan radicalmente uno de los más importantes episodios de la historia del pueblo de su madre? Parece ser que una rencilla entre las panacas (ayllus o grupos de parentesco de origen real) del Cuzco está en la base de esta tergiversación. En la época en que Garcilaso escribe sus "Comentarios" aun están abiertas las heridas que se inflingieron las panacas del Cuzco en el enfrentamiento entre Huáscar y Atahualpa. La efímera victoria de Atahualpa le había permitido, sin embargo, tomar sangrientas venganzas contra la panaca de su hermano Huáscar. Atahualpa descendía, por su madre, de la panaca de Pachacutec mientras que Huáscar pertenecía a la de Tupac Yupanqui a la cual, coincidentalmente, también pertenecía la madre de Garcilaso.

Las matanzas ordenadas por el último de los Incas aún se recordaban entre los sobrevivientes de esta panaca y el ren-

cor movió a Garcilaso a borrar al fundador de la panaca triunfante, Pachacutec, de la historia, a anular o atribuir a otros sus hazañas. De esta manera el Inca Garcilaso consumaba su pequeña venganza histórica ejercitando una práctica común en la historiografía oficial andina: cambiar los sucesos del pasado para conciliarlos con los intereses y pareceres del soberano reinante. En el siguiente episodio que examinaremos volvemos a encontrar los testimonios de Garcilaso.

¿Quién era el sucesor legítimo de Huayna Capac?

Los sucesos acaecidos en los años inmediatamente anteriores a la llegada de Francisco Pizarro y sus huestes son muy bien conocidos y han sido objeto de innumerables narraciones, ensayos novelísticos e incluso obras teatrales. Como lo anota Rostrowski no era, probablemente, la primera vez que una lucha enconada por la sucesión se producía en el Tahuantinsuyo. Lo que la hizo especialmente notable fue que se dio justo antes de la conquista y que despertó, por variados motivos, el interés de los europeos.

Huáscar y Atahualpa no fueron los dos únicos hijos de Huayna Capac, ni siquiera parecen haber sido los inicialmente elegidos para sucederlo. Las crónicas nos hablan de otro príncipe, Ninancuyuchi, de quien Huayna Capac se hacía acompañar en las expediciones militares y a quien designó como su sucesor. Casi inmediatamente después de la muerte de Huayna Capac en el norte del imperio también murió Ninancuyuchi y se desató con gran fuerza una lucha entre las panacas del Cuzco que apoyaban a uno u otro de los posibles candidatos. Huáscar, quien obtuvo inicialmente la mascaypacha (borla o insignia real), cometió una serie de errores que lo enemistaron con los nobles orejones del Cuzco y con su propio hermano Atahualpa, que había permanecido en Quito, desatando la guerra civil que culminó con su derrota y muerte.

Los españoles se sirvieron de estos sucesos y los utilizaron como pretexto para legitimar la deposición y ejecución de Atahualpa bajo los cargos de asesinato y usurpación. Es interesante encontrar nuevamente a Garcilaso de la Vega, movido por los mismos intereses que lo llevaron a eclipsar a

Pachacutec, esgrimiendo una serie de argumentos en apoyo de la interpretación europea.

Para sustentar el argumento, típicamente europeo, de la inexistencia de un derecho a la sucesión por parte de Atahualpa, lo primero que se necesitaba era convertirlo en bastardo. De allí nació la leyenda de que era hijo de una princesa de Quito a quien Huayna Capac habría conocido en una de sus campañas militares. La tesis de la bastardía tuvo muchas variantes y hubo quienes lo hicieron descender de una mujer del común, no de una noble de una de las panacas como habría tenido que ser para convertirse en Inca; otros lo hicieron oriundo de Chachapolla, pero la mayoría sustentó su origen quiteño, el cual aun cuenta con mucha fuerza.

Sin embargo, el argumento de la bastardía no era suficientemente fuerte. Por un lado no se pudo negar que Atahualpa fuese hijo de Huayna Capac y, por el otro, la sucesión en el Tahuantinsuyo no se regía por principios como la legitimidad y la primogenitura. La historia oficial andina estaba llena de ejemplos de Incas sucesores que no habían sido hijos de la Coya (mujer principal). La legitimidad de Huáscar se tambaleaba al comprobarse que no había sido designado en primer lugar por su padre ni se le había asociado como coreinante.

Para hacer más inteligible y más creíble la historia a los ojos de los europeos, Garcilaso ideó una nueva ficción. Sosteniendo la tesis del origen norteño de Atahualpa se inventó un supuesto testamento de Huayna Capac en el cual éste habría dividido su reino entre sus dos hijos; a Huáscar dejaba el Cuzco y la mayor parte del territorio mientras que Atahualpa debía heredar el reino de Quito como le correspondía por herencia de su madre. Ni el reino de Quito existió nunca ni una división del Tahuantinsuyo así hubiera podido darse. Sin embargo, con ello Garcilaso creó una intriga de legitimidad y bastardía, reinos divididos y sublevaciones señoriales, muy del gusto de la Europa de ese entonces. De paso continuaba su venganza contra Atahualpa y su panaca por la derrota de la panaca de su madre.

Es interesante anotar que al hacer ésto Garcilaso iba en contravía de la tendencia normal de la historiografía oficial

del último Inca reinante que en este caso era Atahualpa. Si ya que se deberían haber cambiado los sucesos en favor los hechos tomaron este rumbo en los "Comentarios" ello fue posible porque, por un lado Atahualpa había muerto y el poder era de los españoles y, por el otro, porque Garcilaso redactó su crónica cuando ya vivía en España y la redactó para los europeos.

Pero si los cronistas mestizos e indígenas cayeron en las trampas de los esquemas europeos, también algunos europeos cayeron en las de los esquemas andinos. Este es el caso de Juan de Betanzos cuya crónica ("Suma y narración de los Incas"), redactada en el Cuzco, tuvo por fuente los informes de los parientes de su mujer, la princesa Añas Kollke, hermana de Atahualpa. Irónicamente, el español Betanzos sigue la tendencia historiográfica andina y omite a Huáscar de la lista de los Incas; esta versión, sin duda, se habría generalizado si Atahualpa hubiera reinado por algún tiempo.

El último de los aspectos que analizaremos es algo más complejo ya que no involucra solamente las tergiversaciones de la historia introducidas por los cronistas sino, también, un concepto de fondo, común y dominante en la vida y la estructura social del mundo andino pero casi incomprensible para los europeos del siglo XVI: el dualismo.

¿Cuántos fueron los Incas reinantes?

A partir de la secuencia dinástica de los Incas planteada por Pedro Cieza de León en su obra "El Señorío de los Incas", seguida luego por Juan de Betanzos y Fray Bartolomé de las Casas y adoptada finalmente en forma casi universal nos hemos acostumbrado a aceptar como una verdad histórica una lista de trece sucesivos soberanos del Tahuantinsuyo. Las únicas variaciones estarían constituidas por: un tal Inca Yupanqui, introducido por Garcilaso de la Vega entre Pachacutec y Tupac Yupanqui y cuya inexistencia está bien comprobada; Urco, hijo de Viracocha, que no llegó a reinar por haber muerto a manos de Pachacutec, pero al que algunos, tercamente, le endilgan el título de Inca y finalmente, por diferencias respecto del orden de sucesión de los cinco primeros Incas,

especialmente Tarco Huaman, quien tan pronto como desaparece, resulta hijo de Mayta Capac o de Sinchi Roca.

Una característica fundamental de la lista clásica de los Incas es la existencia de dos dinastías; la del Cuzco Bajo o Hurín a la cual pertenecen los cinco primeros Incas y la del Cuzco Alto o Hanán, cuna de los ocho últimos. Entre Capac Yupanqui e Inca Roca se habría operado el reemplazo de una dinastía por la otra, en una época próxima a la gran guerra contra los Chancas cuyo desenlace propiciaría el despegue definitivo del imperio. Antes de las dinastías aparece Manco Capac, fundador del Cuzco y de las dinastías mismas y primer Inca.

La existencia de las dos dinastías revela un fenómeno primordial de la estructura social del mundo andino; el dualismo, la división de las comunidades, pueblos y territorios en mitades opuestas y complementarias. Tal característica ha sido tratada en detalle por Espinoza Soriano, Palomino, Lumbreras y otros pero su mayor elaboración y la extensión de su aplicación hasta sus más profundas consecuencias se debe fundamentalmente a Rostorowski, Zuidema y Duviols.

La división de los pueblos indígenas en dos mitades territoriales tuvo suficiente fuerza como para quedar abundantemente documentada en numerosos testimonios coloniales y puede reconocerse aun hoy entre muchas comunidades andinas, desde el sur de Bolivia hasta el sur de Colombia. Es posible incluso que este tipo de estructura tuviera vigencia entre los pueblos indígenas de la costa pacífica norteamericana que practicaban el potlach. Una dualidad, con características presumiblemente similares, ha sido reconocida por Londoño entre los Muiscas del altiplano cundiboyacense.

En las comunidades de la sierra peruana estudiadas actualmente ha sido posible reconocer que cada mitad tiene sus jefes propios, está conformada por linajes distintos, posee sus propias tierras de labranza y realiza diferentes tareas dentro de las actividades de toda la comunidad. Por lo general las mitades se presentan como "enemigas" y luchan ritualmente en las festividades. Una de ellas, por regla la que se denomina "alta", es reconocida como preeminente y su jefe o curaca como superior en autoridad a su par de la mitad "baja".

Rostorowski ha demostrado que esta estructura dual se subdivide, a su vez, en una cuatripartición en la cual cada mitad tiene su "segunda parte" y cada curaca su "segunda persona".

Tal estructura ya existía en el mundo andino aún antes de los Incas como lo demuestran las narraciones de la guerra contra los Chancas entre quienes era norma. Cuando Manco Capac fundó el pequeño curacazgo del Cuzco también lo dividió en las mitades, Hanán y Hurín, para que "fuesen como hermanos y en todo se ayudarán". La sucesiva expansión territorial no alteró significativamente esta estructura inicial como puede deducirse de la división del imperio en los cuatro suyos (Chinchaysuyu, Collasuyu, Antisuyu y Contisuyu) y del Cuzco que conocieron los españoles en las dos mitades.

Cabría preguntarse entonces: ¿cómo en el seno de una estructura social dual pudo darse una monarquía como la que retratan las crónicas en la cual el Inca era el soberano absoluto y único? Al examinar las crónicas que sustentan la tesis de la sucesión de los trece Incas tropezamos con afirmaciones que despiertan aún otras preguntas inquietantes. Garcilaso, por ejemplo, en el capítulo en que trata de la fundación del Cuzco pone en boca de Manco Capac una recomendación para su pueblo según la cual los de Hanán habrían de ser reconocidos como primogénitos, hermanos mayores, el brazo derecho, y a semejanza todos los pueblos se dividirían igual. El mismo Cieza en un párrafo refiriéndose a quiénes deberían ocupar el cargo de Inca dice: "el un Inca había de ser uno de estos linajes (Mitades) y otro del otro".

Es difícil aceptar, a la luz de estos testimonios, que hubiera gobernado primero una dinastía de monarcas absolutos y únicos de Hurín Cuzco y que luego hubiera sido reemplazado por otra de Hanán Cuzco. Además no aparece en parte alguna ni tan siquiera un esbozo de explicación del por qué de este supuesto reemplazo dinástico. Si tal cosa hubiera ocurrido es seguro que sería recordada por la historiografía de los Hanán Cuzco, también habría sido explicada y no habría dejado de causar rencores y enfrentamientos entre las dos mitades. Sabemos que esto no llegó a ocurrir y que cuando Huáscar, cerca ya de su derrota final y abandonado por los nobles de Hanán, quiso buscar apoyo en la mitad de Hurín,

también fracasó. ¿Qué ocurrió entonces en la historia del Tahuantinsuyo y cuál fue realmente el orden de los Incas reinantes cuyos nombres han llegado hasta nosotros?

Duviols, siguiendo a Zuidema y apoyado en sólidos argumentos documentales tomados de las crónicas de Fray Pedro Acosta y de Juan Polo de Ondegardo ha propuesto una interesante explicación alterna que tiene la virtud de encajar muy coherentemente con los conocimientos actuales sobre la estructura dual. El argumento central consiste en rechazar la tesis de dos dinastías sucesivas y reemplazarlo por el de dos dinastías simultáneas, una de Hanán Cuzco y otra de Hurín Cuzco, que habrían coexistido tal y como coexisten los curacas de las mitades altas y bajas de las comunidades serranas del Perú actual.

Rostorowski amplía el argumento y añade que a los dos Incas habría que agregarles sus segundas personas. Tendríamos un conjunto de cuatro personas en la cúpula del estado Inca; un Inca de Hanán con su segunda persona y un Inca de Hurín con su correspondiente segunda persona. En apoyo de esta tesis, dualidad y cuatripartición, se citan testimonios en los cuales se habla de ceremonias donde el Inca subía a una plataforma junto con otros tres personajes. Sabemos, además, de la existencia de estas segundas personas en muchos casos específicos; los españoles hablaron en Cajamarca con la segunda persona de Atahualpa y éste no era, ciertamente, el Inca de Hurín ya que él se encontraba en el Cuzco y recibió el homenaje de los nobles orejones cuando se consumó la derrota de Huáscar.

El resultado, ciertamente, no deja de ser chocante: dos Incas en lugar de uno, la diarquía en lugar de la monarquía. Es chocante para muchos investigadores modernos acostumbrados a tratar con la figura del Inca como un soberano absoluto, un déspota al estilo oriental. Y debió serlo aún más para los europeos acostumbrados a la existencia en todo el viejo continente de monarcas y que no habían encontrado casos similares en el mundo conocido en el siglo XVI.

Parece que la versión histórica a partir de la diarquía fue conocida y dejada de lado intencionalmente. Introducir la "pequeña" mutación de la monarquía en la historia permitía

evitar el embarazoso embrollo de explicar el dualismo andino y reemplazarlo por la cómoda versión de la sustitución de una dinastía por otra, tal y como había ocurrido tantas veces en Europa. Nos quedó como resultado la historia de una de las mitades, la principal, convertida en la historia oficial de todo el Cuzco y el papel de la mitad de Hurín, mucho más modesto, encontró un curioso lugar ocho generaciones atrás en una época casi mítica.

Contra la hipótesis de Zuidema y Duviols se ha argumentado que tal secuencia doble acortaría notablemente el tiempo de existencia del imperio Inca. La objeción no tiene, ciertamente, mucha importancia ya que, por un lado la arqueología ha comprobado un lapso de ocupación muy corto para los vestigios incas aún en la región del Cuzco y, por otro, la lista de los Incas de Hanán Cuzco tendría ocho nombres además del fundador, Manco Capac. La secuencia se reduciría de trece a nueve y no por la mitad.

Aún no existe, sin embargo, una correspondencia completa de la secuencia diárquica con las panacas del Cuzco la cual teóricamente, debería existir si se considera que cada Inca, tanto de Hanán como de Hurín, habría fundado una panaca. Algunos autores afirman que en el Cuzco encontrado por los españoles se hallaban diez panacas, cinco en la mitad baja y cinco en la alta. Otros autores cuentan once y se da el caso de varias panacas (cinco en total según Rostorowski) que fueron eliminadas de la lista oficial.

Sabemos que la historiografía oficial Inca tenía por norma borrar personajes cuando las circunstancias así lo requerían; el recuerdo de estos Incas "excluidos" se conservaba en las panacas como sucedió con Tupac Yupanqui cuya figura histórica pudo dibujarse con detalles gracias a las informaciones de sus parientes. Pero, ¿qué pudo haber pasado cuando no solo el personaje sino también su panaca desaparecían? No se puede descartar la existencia de otros Incas de Hanán y de Hurín que la historia nunca llegó a conocer.

Si bien es explicable que los europeos hubieran incurrido en el error de omitir la mención de la diarquía resulta más difícil comprender por qué los cronistas mestizos e indígenas tampoco lo hicieron, afiliándose, por el contrario, a la tesis

de la monarquía y de las dinastías sucesivas. Es evidente que todos ellos, aun el europeizado Garcilaso, vivieron toda su vida o, al menos buena parte de ella, en el Perú y conocieron de primera mano en época muy temprana las costumbres de su pueblo; estaban, además, por sus intereses intelectuales, profundamente imbuídos de la cultura andina. La dualidad no debió ser un secreto para ninguno, menos estando, como estaban, muy conscientes de su origen, de las panacas a las que pertenecieron sus madres y de las correspondientes mitades a las que se afiliaban.

La posible explicación a este hecho nos es presentada en parte por Duviols y en parte por Rostorowski. El primero de ellos opina que la gran mayoría del pueblo en el Tahuantinsuyo desconocía los pormenores de la historia dinástica; el recuerdo de los Incas y de sus hazañas se conservaba en cada panaca, pero no existía algo así como un recuerdo colectivo global. El hecho de que la historia se conservara mediante la tradición oral facilitaba el proceso de borrar o cambiar hechos; algo que era necesario hacer con el advenimiento de cada nuevo Inca y más aún si la lucha por la sucesión había sido encarnizada y había afectado a una u otra panaca.

La labor de recuperación de la historia del Imperio Inca no debió ser una empresa fácil y, como ya hemos visto, el resultado final dependió en alto grado de las fuentes consultadas. Coincidentalmente la mayoría de los informantes y dos de los cronistas mestizos correspondían al Hanán Cuzco, no cabe esperar que ellos tuvieran demasiado interés en que los europeos, para quienes finalmente se escribían las crónicas, entendieran el gobierno dual como podría haber pasado si ellos hubieran sido oriundos del Hurín Cuzco.

Pero si para la historiografía andina no tenía mayor importancia el orden o la existencia de los acontecimientos tampoco lo tenía el tiempo en que éstos se hubieran desarrollado. Para nosotros alterar la lista de la sucesión incaica significa causar una pequeña hecatumbe cronológica. No podía haber tenido el mismo significado para Guamán Poma de Ayala que asigna a la dinastía una duración de 1.515 años y para quien su fundador Manco Capac vivió 160 años.

Cuando los cronistas europeos intentaron reconstruir las fechas exactas de sucesos ocurridos en tiempos presumiblemente muy cercanos a su llegada tropezaron con obstáculos insuperables. Y si ésto ocurrió con la historia reciente qué no podría haberse dado con la historia remota. De allí que la cronología absoluta atribuida a los reinados de los diferentes Incas por autores como Espinoza Soriano no pase de ser más que una especulación bien intencionada.

De esta manera, en estos tres aspectos de la historia del Tahuantinsuyo, los cronistas del Cuzco, aquellas voces americanas cuyas palabras preferimos a las de los europeos, mezclaron historia y ficción, cometiendo lo que a los ojos de los historiadores modernos sería un imperdonable pecado, pero que en aquella época y contexto no era más que un normal ajuste de la historia, necesario y explicable por las circunstancias históricas y personales de los escritores.

BIBLIOGRAFIA

- Betanzos, Juan de. 1968/1551 — **Suma y Narración de los Incas**. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- Cieza de León, Pedro. 1943/1550 — **Del Señorío de los Incas**. Ediciones Argentinas Solar. Buenos Aires.
- Cobo, Fray Bernabé. 1956/1653 — **Historia del Nuevo Mundo**. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- Duviols, Pierre. 1979 — **La dinastía de los Incas, ¿Monarquía o Diarquía? Argumentos heurísticos a favor de una tesis estructuralista**. Journal de la Siciété des Américanistes. Tomo LXVI. París.
- 1980 **Algunas reflexiones acerca de la tesis de la estructura dual del poder incaico**. Histórica Vol. IV, Nº 2. Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gacilaso de la Vega, Inca. 1943/1609 — **Comentarios Reales de los Incas**. Emecé Editores. Buenos Aires.
- Guamán Poma de Ayala, Felipe. 1936/1613 — **Nueva Crónica y Buen Gobierno**. Edición Facsimilar. París.
- Murua, Fray Martín de. 1946/1600 — **Los orígenes de los Inkas**. Ediciones F. Loayza. Lima.
- Oliva, Padre Anello. 1895/1631 — **Historia del Perú y varones insignes en Santidad de la Compañía de Jesús por el padre Anello Oliva de la misma Compañía**. Ediciones J. F. Pazos Varela. Lima.
- Pizarro, Pedro. 1978/1571 — **Relación del descubrimiento y conquista de los Reinos del Perú**. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
- Polo de Ondegardo, Juan. 1917/1571 — **Relación de los fundamentos acerca del notable daño que resulta de no guardar a los indios sus fueros**. Colección libros y documentos referentes a la Historia del Perú. Urteaga. Lima.
- Rostorowski, María. 1983 — **Estructuras andinas del poder. Ideología religiosa y política**. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- 1988 **Historia del Tahuantinsuyu**. Instituto de Estudios Peruanos. Lima.
- Santa Cruz Pachacuti, Joan. 1927/1613 — **Relación de Antigüedades deste Reyno del Perú**. Colección de libros y documentos referentes a la Historia del Perú. Tomo IX. Lima.
- Vaca de Castro, Cristóbal. 1908 — **Ordenanzas de los Tambos dictadas en el Cuzco el 31 de mayo de 1543**. Revista Histórica, Tomo III. Lima.
- Zuidema, R. Tom. 1980 — **El sistema de parentesco incaico: una nueva visión teórica**. En "Parentesco y matrimonio en los Andes", Editado por Mayer E. y Bolton R. Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.